



Curro Cañete

Una nueva felicidad



DESTINO

Una nueva
felicidad

Curro
Cañete

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1379

© Francisco Cañete Leyva, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-233-5143-5
Depósito legal: B. 17.267-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nota previa del autor	7
Prólogo	15

Primera parte
Playa Blanca

1. Playa Blanca	23
2. Mil estrellas fugaces	43
3. Demian	65
4. Una nueva conversación con Demian	79
5. Salto al vacío	93

Segunda parte
La búsqueda. Un año y medio más tarde

6. Comienzos y brumas	103
7. El primer amor	125
8. Hamburguesas en el parque	131
9. El sexo nunca es banal	142

10. Viaje a Londres con Chico de Ojos	
Azules	152
11. Ojos negros	164
12. Fantasmas en la playa	178
13. La ridícula idea de no volver a verte	196
14. Atención plena: Fregar los platos para fregar los platos	210
15. Volver a la vida	220
16. Vivir de instante en instante	225
17. El Chico de Calcetines de Colores	243
18. El mismo mar de todos los veranos	257
19. La vida es un regalo	276
20. Silencios, encuentros y desencuentros	284
21. Terapia de diálogo entre manteles	294
22. Las trampas del amor	310
23. Siempre hay una historia detrás	318
24. Otra manera de morir	328
25. Regreso a Playa Blanca	339

Tercera parte
¿Existe la felicidad?

26. Un final y un nuevo comienzo	349
Agradecimientos	375

I

Playa Blanca

Fue mi propia suerte quien me deparó aquella maravillosa aventura. Había ido a Playa Blanca buscando la tranquilidad necesaria para escribir una novela que en aquel momento no podía escribir. Tenía treinta y dos años, la misma edad que mi hermano cuando murió. Me encontré con una sacudida vital que me condujo a una búsqueda de la felicidad y a iniciar un camino en el que vivir de otra manera.

Mi amiga Patricia, a la que había conocido durante los meses que pasé estudiando inglés en Escocia, me ofreció un pequeño apartamento en Lanzarote que su padre podría alquilarme durante el mes de agosto. Me lo iba a dejar casi regalado. Así que acepté la oferta y se inició, sin yo saberlo aún, el viaje fascinante cuyas milagrosas coincidencias brillaron como estrellas para hacerme vivir una experiencia única, la mía, algo que cuando llegué allí, siendo aún un chiquillo asustado por casi todo cuanto sucedía a mi alrededor, me hubiera resultado inimaginable.

Me llamo Curro, nací en Málaga y soy el pequeño de cinco hermanos. Llegué a este mundo sin que na-

die me buscara: digamos que soy una de esas personas que podría no estar aquí, porque en casa no me esperaban. Pero el destino quiso que mis padres tuvieran un quinto hijo al que quisieron como a los demás; yo mismo, «Currito, bonito, que tiene los ojos azules», como me cantarían mi hermano y mis tres hermanas cuando mis padres regresaron conmigo desde el hospital y los niños se asomaron al canasto para ver la carilla de aquel renacuajo. Sin embargo, a los pocos días comprobaron que, de ojos azules, nada de nada.

Vivo en Madrid y, aunque primero estudié Derecho como mi padre, mis tres hermanas y mi hermano, luego decidí estudiar Periodismo, y acabé, por cuestiones de trabajo, rodeado de famosos en fiestas pretendidamente glamurosas, estrenos de cine y de teatro, cenas gratis en restaurantes de renombre y cosas por el estilo. Quería triunfar en el periodismo y triunfé: trabajo en la mejor y más conocida revista de sociedad, *Vanity Fair*. Empecé como becario en la revista de la facultad y poco a poco fui construyendo una carrera, primero en suplementos de periódicos de provincias, en la Agencia EFE y en todos los medios habidos y por haber. Acabé entrevistando a personajes muy famosos. Tenía en mi agenda el número de teléfono de personas que, hasta hacía poco tiempo, solo veía en los periódicos o en la tele; las marcas me enviaban todo tipo de regalos, invitaciones a viajes... Todo muy apetecible y muy divertido, al menos a simple vista, porque de un tiempo a esta parte me siento cada vez más

ajeno a los oropeles de la fama y a los relumbrones de la popularidad.

El brillo social es divertido y una tentación grande para los que desconocen sus trampas, pero haber estado en una fiesta saludando a doscientas personas a las que no conoces prácticamente y, en el fondo, no sienten ningún interés por ti, puede hacerle sentir a uno cierto vacío.

Ahora tengo treinta y cinco años, pero en el momento en que comienza esta historia, aquel 25 de julio de 2010 en que llegué a Playa Blanca, cumplía treinta y dos precisamente ese día. No se trataba de una edad como otra cualquiera para mí.

Era ya casi de noche cuando aterricé en aquella isla seca e inhóspita, el lugar más vacío, menos poblado, en el que había estado jamás. Hacía mucho frío o, al menos, lo sentía en mi corazón. En el aeropuerto, mientras los turistas desaparecían arrastrando sus maletas, hablando los unos con los otros, saqué del bolsillo izquierdo de mis pantalones vaqueros un papelillo arrugado. En él se leía la dirección del apartamento y cómo llegar desde el aeropuerto a Playa Blanca, el lugar en el que comenzó mi búsqueda de la felicidad o al menos de un camino en el que vivir de otra manera, una búsqueda que se hizo consciente dos años más tarde, cuando inicié una investigación formal para escribir un libro, otro libro, uno que no tenía nada que ver con aquella novela que pretendía comenzar en Playa Blanca. Empecé a entrevistar a terapeutas, psicólogos, nutricionistas, entrenadores deportivos y maestros espirituales: aquella

investigación, que traté de experimentar en mí mismo, terminó por estallarme en la cara, afortunadamente.

Había que coger una guagua, como llaman allí a los autobuses. Pero la guagua no llegaba. Y el puesto de información permanecía cerrado a cal y canto. No había nadie a quien preguntar en aquel desierto. Solo un rato después apareció un hombre que iba vestido con un mono azul y llevaba un carro con varias maletas, unas encima de otras.

El hombre, de unos cincuenta años, gordo y bajito, muy simpático, me explicó con su acento canario dónde tenía que coger el único autobús que podía llevarme a Playa Blanca, en la otra punta de la isla. Después de cruzar las puertas de cristal y salir al exterior, mientras esperaba la guagua, miré hacia las montañas de la isla, que se dibujaban borrosamente en el horizonte y en cuyo oscuro seno, sobre la tierra ya casi fuera del alcance de la vista, se apreciaban las lucecillas aisladas de las casas de las pocas personas que aún vivían en el campo. Entonces, cuando ya buscaba en los distintos bolsillos de mi ropa el paquete de cigarrillos, cerré los ojos y aspiré el aire profundamente para pedir en silencio un deseo, el mismo que, desde hacía diez años, siempre pedía el día de mi cumpleaños.

Aquel verano tuvo lugar mi primer despertar, una palabra que tal vez suene pretenciosa, pero que define precisamente lo que viví esos días. En Playa Blanca descubrí que no me iba a morir. Se cumplió mi deseo. Y precisamente en eso, en el conocimiento

de mi «no muerte», comenzó mi verdadera vida. «La muerte sabe amarga porque es nacimiento, porque es miedo e incertidumbre ante una aterradora renovación», leería en *Demian* ese mismo verano. *Demian* se ha convertido en el libro más importante de mi vida por varios motivos. En él hablaba Sinclair, el joven protagonista, alguien que tenía miedo y que se parecía mucho a mí y también, quizá, a mi hermano. Luego me volví a dormir, me dormí varias veces, todas aquellas en las que el brillo estelar que tan claramente llegué a ver y a sentir cayó en el olvido bajo la sombra de lo imposible, del mismo modo en que uno deja de ver un objeto precioso olvidado en el fondo de un armario viejo.

Toda esta historia comienza cuando, dos o tres días después de llegar a Playa Blanca, desapareció mi teléfono móvil, una Blackberry negra en cuya base había una pegatina con un gorrioncillo apoyado en la rama de un árbol y en cuyas teclas apenas podían leerse ya las letras del abecedario.

—Pero ¿dónde está mi teléfono? —susurré, muy despacio, al salir del agua.

Después miré sobre la toalla y rebusqué en el interior del bolsillo abierto de mi mochila gris, una Eastpak grande con varias cremalleras. ¿Dónde estaba mi teléfono? Pero si yo lo había dejado allí... «¿Dónde está mi teléfono?» —dije por tercera vez, en esta ocasión a gritos, a la vez que daba un pisotón en la arena seca—. Comencé a sacar nerviosamente todo lo que había en el interior del bolsillo externo de la mochila: un paquete de tabaco completamente

aplastado, lápices, bolígrafos, una colilla envuelta en un papel, grapas, clips, una pequeña libreta, tickets de la compra, arena...

El lugar al que había acudido a bañarme aquellas primeras tardes no era la playa pequeña y tranquila, controlada por el hombre, que había en la ciudad. El lugar pertenecía a las playas del Papagayo, un conjunto de calas de arena blanca que parecían territorio de otro mundo y que estaban protegidas por unos acantilados gigantes.

Encendí un cigarrillo, inspiré el humo hasta el lugar más profundo de mis pulmones. Aunque no hacía frío, no hacía uno de esos días soleados que tanto gusta a los turistas sino que, por el contrario, en el cielo solo había enormes nubes, algunas muy negras, que escondían los rayos de luz como lo harían unas espesas cortinas. El mar, embravecido por el viento, tampoco invitaba a bañarse, aunque ese detalle no me había importado, pues desde pequeño me gustaba enfrentarme durante horas con las olas grandes, en un esfuerzo inútil por echar un pulso con la naturaleza y, ya de paso, con la vida. Así que no había nadie a mi alrededor, salvo una pareja de extranjeros unos veinte metros más allá, a mi izquierda, tumbados en la toalla. Me quedé un buen rato observando. Alguien se había llevado el móvil.

Decidí volver a Playa Blanca. Tenía por delante una media hora de camino por un sinuoso sendero y no me apetecía andar, pero no me quedó otra que caminar. Además, la oscuridad iba apoderándose del terreno, así que fui acelerando el paso a medida

que oscurecía. Subí por la pequeña vereda que habían trazado las pisadas de las personas que por ella habían pasado a lo largo de los años. Era una cuesta bastante empinada que llegaba hasta la cima del acantilado, un abismo frente al que me había detenido unas horas antes para extender los brazos asombrándome, diminuto, ante la inmensidad del horizonte azul, como si la infinitud misma del mar fuera la de la vida, que durante unos segundos cobraba todo su significado.

Pero aquella tarde, al emprender el camino de regreso, no me detuve a contemplar el horizonte. Estaba nervioso y muy enfadado por el robo de mi Blackberry. Había perdido mis contactos —no soy una de esas personas tan previsoras como para tomarme la molestia de pasarlos a una agenda—, las fotos, mis notas y los mensajes que releía una y otra vez en los días de soledad. Había perdido todo cuanto aún me unía al pequeño universo que había dejado en Madrid: mi mundo.

Me sentía triste y angustiado, sin saber qué hacer ni a quién recurrir. No entendía qué diablos había ido a hacer a una ciudad en la que no conocía a nadie, ni a santo de qué había decidido gastar mi mes de vacaciones en escribir una novela que nadie querría leer; porque, ¿acaso iba a ser capaz de crear algo que mereciera la pena? Y eso sería si terminaba el libro, algo ya de por sí bastante difícil, porque cada vez que me sentaba a escribir aparecían en mi cabeza, como fantasmas, un montón de críticos sin nombre, sin rostro y sin forma que descalificaban una y

otra vez ese libro que aún no había escrito y se burlaban de mí. No era nuevo. El miedo al qué dirán siempre me había impedido ser libre y había marcado toda mi vida. No puede considerarse libre quien no se atreve a hacer lo que verdaderamente quiere por temor a que lo rechacen o lo juzguen. No es libre quien no es capaz de tomar decisiones por sí mismo al margen de lo que opinen los demás. Tampoco lo es quien actúa ansiando recibir la aprobación de los demás y condiciona su camino a la mirada ajena: esta aprobación es ilusoria, pues cada persona ve el mundo desde su propia perspectiva. El mundo no es como lo vemos, sino como somos. La novela que quería escribir trataba de la verdad, de la libertad y del amor y contaba la historia de un joven que intentaba encontrarse con su destino. No sabía siquiera cómo empezarla.

Pensé en los pájaros; esos pájaros que yo coleccionaba y que tenía impresos en las camisetas, en la agenda, en los cuadernos y en la Blackberry que me habían robado. También los había en las pegatinas que bordeaban el espejo de mi cuarto o en el collar que no me quitaba nunca del cuello: un gorrioncillo plateado y diminuto. A medida que deshacía ese camino lleno de piedras, decidí que tenían razón todos los que me decían que tenía la cabeza llena de pájaros. Continué la vereda que se extendía a lo largo de aquel parque natural, cada vez más rápido, pero sin apartar la vista del camino lleno de pequeñas piedras y de zarzas en torno al cual se alzaban matorrales secos que formaban figuras hostiles y deformes. Re-

corrí unos dos kilómetros hasta llegar al paseo marítimo, al que accedí bajando unas escaleritas de madera construidas sobre la tierra al final de la travesía.

Una vez en la ciudad, aminoré el paso, y me arrastré por una estrecha acera que se abría a lo largo de una hilera de casitas azules y blancas, exactamente iguales que las del padre de Patricia, típicas del paisaje urbano de Lanzarote. Playa Blanca era un pueblo pequeño, al menos si lo comparamos con los lugares en los que yo había vivido. Tranquilo y hermoso, se trataba del lugar perfecto para que determinado perfil de extranjeros —casi todos europeos ávidos de playa y de sol— pasaran allí el verano. Al final de la calle, en la distancia, se divisaba el casco urbano, diminuto: tres o cuatro calles asfaltadas y repletas de tiendas. En la calle principal había un centro comercial en el que había cines, un restaurante japonés que parecía bastante lujoso, diversas tiendas de ropa —no muy elegantes precisamente, al menos en mi opinión— y un pequeño negocio de tatuajes regentado por un inglés. Recordaba haber visto también un locutorio con cabinas telefónicas y ordenadores, así que entré en el centro comercial. Dando zancadas me acerqué al locutorio y pedí nervioso un ordenador al hombre que estaba sentado detrás del mostrador de la entrada, un musulmán con cara de pocos amigos que me indicó con la mano, sin mirarme a la cara, que podía usar el número tres.

Accedí al correo electrónico y escribí una de esas notas largas, algo dramáticas, que escribía de cuando en cuando a mis amigos. En el texto volqué mi

ira, la impotencia de saber que había perdido lo único que podía impedir que durante aquel verano me sintiera absolutamente solo. De momento, no sabía qué hacer, pero ya escribiría de nuevo cuando tuviera otro número. Había escrito un embrollo de email en el que lo único que quedaba claro era mi auto-compasión. Enseguida llegó la primera respuesta. Era de Maruja Torres, la escritora, con quien mantenía cierta relación y correspondencia. Me daba ánimos. La segunda respuesta fue la de Hada Blázquez, como no podía ser de otra manera.

Hada era mi mejor amiga, una chica de veintisiete años, morena y delgada, impresionantemente guapa, también periodista, que trabajaba en un programa de televisión de máxima audiencia. Era tan pragmática que podría considerarse mi antítesis; lo cierto era que Hada nunca me había fallado. Esta vez me escribió un email en el que me recordaba todo lo que había luchado para salir a flote desde que llegué a Madrid solo, sin contactos influyentes, sin amigos que me ayudaran. También me hablaba de lo importante que había sido para mí organizar aquel verano en Playa Blanca, un verano en el que, al fin, podría descubrir si tenía talento como escritor —como ella pensaba—. Pero yo mismo me encargaba de repetirme, de vez en cuando, que no, que no tenía talento y que mi idea de convertirme en escritor era un deseo pueril alentado por el sueño inalcanzable de vivir una vida que no me correspondía. Porque, en el fondo de mi corazón, no sabía realmente para qué había ido a Lanzarote. ¿Para empe-

zar una novela que podría haber empezado en Madrid o para atender un deseo inexplicable de estar a solas conmigo mismo? ¿De dónde nacía ese deseo? No lo sabía, pero ahí estaba, exigiendo ser atendido. Estar solo, sí, pero ¿para qué? Hada despidió su texto de la siguiente manera: «Piensa que tal vez haya sido mejor así. Lo del móvil, digo. Disfruta del mar, de la playa, de la desconexión. Tu amiga. H.»

Leí de nuevo el email de Hada, y luego, muy serio, me levanté y entré en una de las cabinas telefónicas para llamar a mi madre, Mari Carmen, que las pocas veces que escuchaba la voz de su hijo saltaba de alegría. Le conté lo ocurrido y me comprometí a llamarla una vez a la semana. No lo hice. Tal vez Hada tuviera razón: podía mirar la vida como un pobre desgraciado al que le habían robado el móvil o como un aventurero al que le aguardaban importantes experiencias. Podía vivir la anécdota como una pequeña catástrofe o como una oportunidad que me había caído del cielo: dependía de mí.

Al fin y al cabo, ¿no había ido a Playa Blanca para alejarme del mundo? Muchas cosas que nos tomamos a la tremenda son, en realidad, empujoncitos del destino, destellos de luz que tontamente rechazamos, oportunidades únicas que nos brinda la vida y que en ocasiones no sabemos reconocer. Podríamos verlas desde otro punto de vista, un modo que nos aporte más luz y armonía y que nos aleje de los tontos quebraderos de cabeza que a veces nos acorralan en callejones sin salida. Hoy sé que aquello fue lo mejor que me pudo haber sucedido y que si

no hubiera vivido ese verano allí solo, tal vez hubiera caído loco o enfermo tarde o temprano y quizá hubiera arruinado mi propia vida para siempre.

Mientras tanto, había anochecido y me estaba comiendo un enorme helado de limón y chocolate sentado en el bordillo del paseo mirando hacia la playa. Las piernas me colgaban en el aire y tenía la mirada perdida en la oscuridad. Sobre el bordillo del paseo marítimo, alcé la barbilla y miré al cielo, aquel vacío inmenso en el que ya no quedaban nubes pero sí brillaba alguna que otra estrella, y por primera vez en todo el día esboqué una sonrisa. No sabía cómo ni por qué, pero lo cierto era que de mi interior surgió espontáneamente un sentimiento agradable. Estaba lejos, estaba solo y, por tanto, podía ser libre.

Pero esa calma duró muy poco tiempo, solo unos minutos. Esa imagen de tranquilidad infinita me hizo buscar el teléfono para hacer una foto —estaba convencido de que la imagen del helado recortado sobre la playa tendría mucho éxito en mis redes sociales—. Entonces recordé que lo había perdido, y pensé que alguien podía haberme escrito, qué diría, o tal vez habría llegado algún email urgente de trabajo o, peor aún, habría sucedido alguna desgracia... Sentí la necesidad de entrar en Facebook, leer comentarios y mensajes y las actualizaciones de mis amigos. Por un lado, era consciente de mi adicción a las nuevas tecnologías, esa dependencia algo absurda que me hacía consultar el teléfono doscientas veces al día. Por otro, sabía que era lo normal, no debía alarmarme. Al fin y al cabo, todo el mundo lo hacía:

casi todos mis amigos pasaban unas cinco horas diarias conectados al ordenador o a la tableta sin un motivo claro.

Saqué del bolsillo el paquete de tabaco aplastado y cogí un cigarrillo doblado y casi roto. Pero no lo pude encender porque también había perdido el mechero. Mierda. Me levanté, me acerqué a una terraza que había en uno de los restaurantes del paseo y me quedé mirando a la clientela para ver a quién pedirle fuego. En la mesa más cercana, sobre la que había varias pintas de cerveza, había cuatro chicos jóvenes, de unos veinticinco años, que cada dos segundos estallaban en carcajadas. Un par de ellos fumaban, pero preferí pedírselo a una de las dos chicas que tomaban cerveza —de tamaño más pequeño— varias mesas más allá. Siempre prefería dirigirme a una mujer desconocida antes que a un hombre: me intimidaban mucho menos.

La noche era tranquila y apacible y no hizo falta cubrir la pequeña llama con la mano para protegerla del viento, como normalmente hacen los fumadores al encender un cigarrillo. Devolví el encendedor y dije, sonriendo cuanto pude: «*Thank you*», y me fui al apartamento. Nada más entrar, encendí la luz y reparé en que había un cuadro en el que no me había fijado antes: una perdiz ahogada, con el pico hacia arriba, las alas caídas hacia los lados y las patas tiesas, colgando de una cuerda sobre una pared blanca. La miré fijamente y sentí un escalofrío. Cogí el cuadro, lo descolgué de la pared y lo coloqué cuidadosamente debajo de la cómoda gris que había en el recibi-

dor. Luego me dirigí al minúsculo salón. Había un sofá cama de tela gris, dos sillas de madera junto a una mesa redonda de color blanco y otra más pequeña, junto al sofá, con una lamparita y un radiodespertador eléctrico que daba la hora en números de color rojo. En la pared de la izquierda había una estantería de caña con una guía de Lanzarote, unas *Páginas Amarillas* y un marco con una foto en la que aparecía un hombre joven, de unos treinta años, junto a una mujer muy guapa y una preciosa niña pequeña llena de tirabuzones en la que reconocí la sonrisa de mi amiga.

Frente al sofá había una gran ventana con gruesas cortinas de color beige tras las cuales solo había oscuridad. Miré hacia la mesa del centro de la sala y suspiré. Sobre ella había un plato con los restos de masa reseca de la pizza de pepperoni que me había comido ese mismo día, un cenicero de cristal azul en el que rebosaban las colillas, varios cuadernos abiertos, pelotas de papel, dos bolígrafos Bic sin capuchón, una botella de agua de dos litros casi vacía, una chapa con una paloma dibujada y una caja de lormetazepam de la que asomaban, por la ranura del cartón, tres centímetros del plástico con los huecos de las pastillas que ya me había tomado. En el suelo había dos maletas completamente abiertas. Estas dos maletas llevaban muchos años acompañándome, desde que aún vivía en la casa familiar, en Córdoba, aunque apenas las hubiera utilizado. En una de ellas había ropa —habían pasado varios días, pero yo aún no las había deshecho— y en la otra un montón de

libros de autores que poco tenían que ver entre sí: Flaubert, Galdós, Luca de Tena, Marcel Proust, Lewis Carroll, Dickens, Salinger, Saint-Exupéry, Truman Capote, Jane Austen, Martín Gaité, Pardo Bazán, Ana María Matute, Chéjov... Esos libros me hacían compañía. Mi amor por la lectura había permanecido conmigo desde que, siendo niño, una de mis hermanas me regalara *Edad prohibida*, de Luca de Tena; aquella lectura provocó en mí sensaciones hasta entonces desconocidas.

Pasar la tarde entre los anaqueles de la Casa del Libro de la Gran Vía cogiendo ejemplares que abro y cierro, leyendo allí mismo muchas páginas de los autores que admiro, es para mí tan emocionante como los escaparates de ropa de marca para algunas de mis amigas. Un buen ejemplar, antiguo y descatalogado, comprado en una tienda de segunda mano —una vez llegué a pagar sesenta euros por *La transmigración de Timothy Archer*, de Philip K. Dick— me excita tanto como a algunos de mis amigos heterosexuales un par de tetas grandes que desafíen la ley de la gravedad, o como a otros un iPad nuevo, extrafino y con tantos gigas como para que pueda contener el mundo.

Este amor por los libros lo había heredado de mi padre, abogado responsable e inmenso lector de novela y de poesía: cuando degustaba un whisky recitaba de memoria, con media sonrisa y los ojos entornados por la emoción, poemas de Lorca y de Machado. Sin embargo, a la hora de la verdad, aquellos libros que ya había leído —algunos los había leído varias

veces e incluso los había subrayado— y que había traído a Playa Blanca pagando un plus de equipaje a la compañía aérea, no me habían servido para nada, menos aún me servían en aquel momento.

Tal vez por la terrible imagen de la perdiz muerta —o por haber perdido mi móvil—, me sentía inquieto, así que me tumbé en el sofá, coloqué la cabeza en un extremo, los pies sobre el otro y alargué la mano hasta la mesa para alcanzar un cigarrillo. Traté de no hacer caso a nada de lo que había alrededor, solo al humo que salía por mi boca.

Todavía era temprano y no tenía hambre. Solo quería dormir para no tener que seguir pensando; no quería enfrentarme de nuevo a las ideas desagradables que, aun sin saberlo, constituían la verdadera causa de mi viaje a Playa Blanca; esos pensamientos funestos habían comenzado hacía diez años con la muerte de mi hermano Rafa y aún no habían desaparecido.

Me incorporé, apagué el cigarro, y me tomé dos lormetazepam con el trago de agua que quedaba en la botella. Llevaba varios años tomando esas pastillas: sin duda, eran las más eficaces de cuantas había probado. Más efectivas que el Orfidal y, desde luego, que la Dormidina. Por muy nervioso que estuviera, por mucho estrés que me provocara el trabajo, cuando me tomaba un par de lormetazepam, un sueño profundo me transportaba al más allá del subconsciente durante cinco o seis horas seguidas. Me tumbé de nuevo colocándome un cojín debajo de la cabeza. Me tapé con una manta —pese a que no hacía nin-

gún frío— y luego giré el cuerpo hasta quedarme de lado y me arrebujé encogiéndome sobre mis piernas. Pero no sirvió de nada.

A los pocos minutos empecé a sentir un ligero dolor de cabeza, un hormigueo suave que ascendía desde las sienes. Decidí que era mejor pararlo a tiempo. Me levanté y me dirigí al cuarto de baño para ver si tenía en el neceser ibuprofeno o paracetamol, pero se me habían olvidado en Madrid. En el baño, que era pequeño pero muy nuevo y de relucientes azulejos de color beige que llegaban hasta el techo, me enfrenté de pronto a mi mirada vacía y asustada bajo el flequillo despeinado. Con la mano derecha me bajé la camiseta por debajo del hombro izquierdo y comprobé que aún estaba la mancha sonrosada, redonda y pequeña, como de un céntimo, que había aparecido en esa zona del cuerpo hacía algunos meses. Abrí el agua del grifo y bajé la cabeza, frotándome la cara con las dos manos fuertemente. Luego me sequé con una toalla y volví a mirar mi rostro grasiento algo hinchado por la mala comida, mis ojos marrones, ligeramente enrojecidos, y mis ojeras de oso panda y el abanico irregular de mis pestañas —de pequeño una de mis distracciones era arrancarme pestañas—; y la nariz recta, simétrica que, salpicada de pecas, acompañaba a unos pómulos discretos y a una barba despoblada.

Qué feo estaba. Me dirigí a la diminuta cocina en busca del ibuprofeno que acabaría con el dolor de cabeza que comenzaba a martillearme. Tal vez el padre de Patricia guardara en algún armario una ca-

jita con medicinas. Abrí todos los cajones, rebusqué en los armarios, pero solo encontré un bote de jarabe caducado y una caja con dos tiritas. Entonces pensé que, aunque no lo recordaba, tal vez las hubiera guardado directamente en la maleta y no en el neceser. Me dirigí al salón, me senté en el suelo junto a la maleta de la ropa, que era negra y de tamaño grande, y miré en el bolsillo interior, que tenía la cremallera abierta. No había ibuprofenos ni paracetamol, solo un calcetín desparejado, un mechero y un papel algo amarillento muchas veces doblado. No encontré nada para el dolor de cabeza, pero sí algo mucho más valioso. Desplegué cuidadosamente el papel y comprobé que en él se leían unas frases escritas a mano. Reconocí la caligrafía de mi hermano Rafa.

Su letra era alargada, ligeramente inclinada hacia la derecha, de trazos cuidados, perfectos, totalmente diferente a la mía, escrita siempre apresuradamente y de cualquier manera. Era una de sus poesías. Me senté en el borde del sofá cama, con la espalda encorvada, para leerla despacio. Cuando terminé, la volví a leer, y luego otra vez, y después varias veces más. El dolor de cabeza había desaparecido. Coloqué el papel encima de la mesa y me tumbé boca arriba sonriendo y permanecí inmóvil, mirando hacia el techo con los ojos abiertos y sin ver nada más que a Rafa, mi hermano. Recordaba su voz, que era extraordinariamente amable, pausada, y recordaba la humildad y la ternura que desprendía al hablar, que compensaba sus varoniles rasgos, dibujados con una exactitud extrema. Recordaba su

media sonrisa, siempre cariñosa, dibujada en su rostro. Su pelo, el duro, abundante cabello castaño, casi siempre corto, y sus ojos marrones que a veces, solo a veces, hacían notar en él una expresión fatigada y suplicante, como si le costara mucho trabajo vivir. De pronto vino la imagen de mi hermano con una camisa de cuadros grandes saltando como un mono por las ramas del enorme eucalipto que había en Pendo-lillas, la casa de campo que él tanto amaba y donde hacía el ganso con sus queridos primos, todos mucho mayores que yo. Los domingos que la familia aprovechaba para ir allí a comer, Rafa siempre se subía a aquel árbol gigante para el asombro de todos y nunca se caía. Y el único día que se cayó, todos nos asustamos, pero él se levantó del suelo sonriendo como si no hubiera pasado nada. Sonreí al revivir ese bonito recuerdo, pero inmediatamente me puse triste al venirme a la mente otra imagen: la primera vez que se deprimió. Había perdido parte de su fuerza y de su alegría y acudía a cenar con los hombros bajos y su pastillero en la mano. También rememoré a Rafa comiendo navajas en uno de esos bares a los que iba con mamá cuando ambos se escapaban sin decírselo a nadie para tomar una cervecilla. «¡Por Dios! Qué bien estamos aquí», exclamaban. A Rafa le gustaba lo delicioso, el bocado exquisito que lo transportaba a otro mundo, saborear aquellos manjares sin prisa alguna; todo lo contrario que yo, que engullía los platos con ansia, casi sin masticar.

Concluí algo que tenía clarísimo y que había pensado muchas veces: que mi hermano no solo era la

mejor persona de la familia, sino también el mejor en muchos otros sentidos. Y siempre había respetado las cosas que yo decía, tomándose en serio lo que nadie se tomaba en serio, valorando las ideas y los sentimientos de aquel renacuajo; y nunca me había levantado la voz, Rafa jamás me dijo una palabra más alta que otra, ni tampoco se metía en la vida de nadie, algo muy raro en la ciudad en la que vivíamos.

En el sofá cama, inmóvil, boca arriba, mirando el techo desconchado de gotelé, recordé que mi hermano siempre me había respetado, siempre, y que eso era algo que no tanta gente había hecho. Y con ese hermoso recuerdo caí fulminado por los efectos de las dos pastillas sin apagar la luz de la lamparita. No me había duchado: todavía tenía la sal del océano adherida a mi cuerpo.